

SONIA PIDE LA PALABRA

LAVINIA BRANIȘTE

TRADUCCIÓN DEL RUMANO Y NOTAS
DE BORJA MOZO MARTÍN



TÍTULO ORIGINAL: *Sonia ridică mâna*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.
Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

© 2019, 2021 by Editura POLIROM
© de la traducción, Borja Mozo Martín, 2025
© de la presente edición, Automática Editorial S.L., 2025
© de la ilustración de cubierta, Carmen Casado, 2025

Derechos exclusivos de traducción en lengua española: Automática Editorial S.L.

Support for this publication has been provided by a grant from the Romanian Cultural Institute's Translation and Publication Support program (TPS).



La traducción de esta obra ha contado con el apoyo del programa de residencias para traductores organizado por el Instituto Cultural Rumano de Bucarest entre los meses de junio y agosto de 2024.

ISBN: 978-84-10141-12-4
DEPÓSITO LEGAL: M-8577-2025

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección y revisión: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: mayo de 2025

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

SONIA PIDE LA
PALABRA

LAVINIA BRANIȘTE

TRADUCCIÓN DEL RUMANO Y NOTAS
DE BORJA MOZO MARTÍN



PRIMERA PARTE

Paul llega a la cita con un cuarto de hora de retraso y pide disculpas, aún a cierta distancia, antes de darle dos besos. Sabe que ella no soporta esperar. Tiene las manos cubiertas de rasguños y marcas de sangre, y se las muestra a modo de explicación.

Han quedado en la puerta del Art Café, el autoservicio que hay junto a la iglesia nueva de Sfântul Gheorghe, en la estrechez de la acera. El tranvía pasa rozándolos, imponente y ruidoso. El asfalto tiembla bajo sus pies.

Sonia escucha solo a medias su animado relato de cómo ha conseguido escapar del ascensor. Resulta que se ha quedado parado entre dos plantas y ha tenido que utilizar la navaja suiza que siempre lleva encima para abrir la puerta y poder saltar hasta el rellano del cuarto. Le ha costado horrores llegar con el filo de la navaja hasta el tirador de hierro y levantarlo; por unos segundos, el pánico se ha apoderado de él: pensaba que no saldría de allí. Ha barrido la cabina de un vistazo imaginando que podía caer desplomado si se quedaba sin aire. Temía golpearse la cabeza.

El calor abrasa la ciudad. Al pasarse el dorso de la mano por las cejas para enjugarse el sudor, Paul dibuja un fino rastro de sangre. «El pobre, peleando por su vida en pleno Bucarest...», piensa ella. Le entran ganas de estrecharlo

contra su pecho y besarle la frente, pero se contiene. «Vaya, vaya, por fin le ha encontrado un uso a la navaja».

En el interior del local, el televisor de pantalla plana retumbaba entre una constelación de iconos ortodoxos. Se hacen con dos bandejas rojas de plástico y se ponen a la cola. Ella pide *sarmale*;¹ él, sopa y pescado.

—¿Quieren panecillos? —pregunta la mujer.

—Póngame uno —contesta Paul.

Van a sentarse a un rincón junto a un seto de plástico, luchando por mantener sus bandejas en equilibrio.

Sonia encuentra un pedacito de envoltorio transparente en el plato. Él, nada. Se siente incómodo, sabe que a ella no le van los tugurios insalubres que él suele frecuentar en Bucarest, pero tiene por principio no pisar bares «esnobs», lo cual no deja de ser en sí una muestra de esnobismo.

—¿Y si nos vamos a vivir juntos? —propone de repente.

No es el mejor momento después de lo del ascensor, pero lleva demasiado tiempo dándole vueltas y tenía que soltarlo.

Ella se fija en la cruz del panecillo mordisqueado, seguramente son sobras de alguna misa reciente.² Se imagina a la feligresa que vende velas a la entrada de Sfântul Gheorghe cruzando las vías del tranvía, cargada con una bolsa enorme de tela atiborrada de panecillos.

La pregunta la ha pillado por sorpresa y la ha dejado descolocada. Como tarde en responder, él se tomará su titubeo a la tremenda y lo sobreinterpretará. Paul y los límites de la

1 Las *sarmale* (plural de *sarma*) son unos rollitos de carne envueltos en hojas de repollo muy populares en la gastronomía rumana, especialmente en las celebraciones navideñas.

2 En la tradición ortodoxa rumana, especialmente en su vertiente popular, es costumbre consagrar panecillos de forma redonda marcados con una cruz durante el rito de la sagrada comunión y repartirlos entre los fieles al final de la liturgia.

interpretación. A eso se dedica precisamente, imparte clases de interpretación de textos en la universidad. Vive de ello.

—¿Irnos a vivir adónde?

—A mi casa.

«Su casa» está en el último piso de un edificio con punto rojo³ de Căderea Bastiliei. Por la ventana de uno de los dormitorios se ve toda la avenida Magheru y por el balconcito de la cocina, todo Lascăr Catargiu. El piso no es suyo, sino de los padres de su ex, con quien estuvo viviendo en Londres hace seis años. Paul regresó solo, y como los padres de ella no encontraban un comprador para el piso, decidieron renunciar por un tiempo y dejar que viviera allí, al menos cubriría los gastos. Un conocido de confianza, un chico tranquilo. No le cobran alquiler. La humedad ha dibujado mapas en las paredes y en la habitación pequeña aparecen goteras en cuanto llueve. Tiene que estar siempre con el cubo preparado. Los vecinos no quieren poner dinero para reparar la azotea.

Cada vez que va de visita, Sonia sube los siete pisos a pie. Suelen hablar de los terremotos y Paul siempre tiene respuesta para todo: que si no es real hasta que no sucede, que si no ganas nada con vivir en un edificio seguro si te pilla por la calle, que si su bloque es tan peligroso como cualquier otro edificio de Bucarest... Conocen los distintos tipos de ondas sísmicas y les gusta perderse en conversaciones abstractas sobre el miedo.

Como tarde en responder, se tomará su titubeo a la tremenda.

3 Situada en la zona sísmica de Vrancea, Bucarest vive bajo la permanente amenaza de terremotos, especialmente anclada en el imaginario colectivo tras el importante seísmo de 1977, que destruyó una buena parte de la ciudad y cuyas huellas aún pueden observarse en calles y edificios. En Rumanía, los edificios con mayor riesgo sísmico están obligados por ley a lucir en su fachada una placa metálica de forma circular y de un vistoso color rojo, conocida popularmente como «punto rojo» (*bulină roșie*), a modo de advertencia.

—Ya sabes que no me llevo bien con los puntos rojos —le recuerda Sonia.

Se le nota el chasco en la cara.

Paul se decepciona a la primera de cambio.

Sonia piensa entonces en su estudio con vistas a un patio interior, rodeado de bloques altos y con solo dos horas diarias de luz —entre las once y la una de la tarde, el único resquicio de sol que penetra en ese cañón de asfalto y hormigón que es Calea Victoriei—, en los cortes de electricidad semanales, en el señor Gelu, su vecino, que controla la factura comunitaria de agua y le añade cada mes dos metros cúbicos extra para compensar las supuestas pérdidas del circuito, el riego del jardín o los cubos de fregona que nunca pasa por la escalera o el portal; piensa en las babosas que aparecen por el desagüe de la ducha cada vez que llueve y en la sal que les echa encima, tal y como aconsejan los tutoriales de YouTube; piensa en la pared del recibidor, otro mapa de humedad, y en el alquiler que paga por ese zulo de diecisiete metros cuadrados que en su día debió de ser un almacén. Necesita un cambio.

—Venga, vale —acepta.

Pueden llevar las cosas de Piața Amzei a Piața Romană en una bolsa de deporte, aunque tendrán que hacer unos cuantos viajes.

*

Vlad Petre es un director de cuarenta y cinco años que lleva veinte deseando estrenar su primer largometraje. Ha leído varios artículos de Sonia, además de un relato que publicó en una antología, y la sigue en el blog de la emisora de radio con la que colabora. Sonia tiene un programa semanal dedicado a «los jóvenes que nos inspiran». En el blog escribe sobre el futuro.

Luego está su trabajo secreto, que no comparte con nadie: redactar textos *online* para empresas de todo tipo. Ahora, sin ir más lejos, se dedica a escribir etiquetas para guisantes congelados y maíz en conserva, básicamente recetas y consejos. También redacta reseñas para los mismos productos en varias webs bajo cientos de identidades falsas y publica comentarios negativos sobre la competencia bajo otras tantas.

A Vlad no le costó localizarla en Facebook y tampoco se anduvo con rodeos: le dijo que le gustaría hablar con ella y hacerle una propuesta.

Hace un verano tórrido en Bucarest y las cucarachas trepan por las cañerías hasta su piso. Lucifer. Así han bautizado la ola de calor que asola Europa. «Siento como si miles de insectos corretearan por mi piel... ¿Será el bochorno?», piensa Sonia cada noche antes de acostarse. Y lo mismo piensa ahora, al entrar en la terraza del Verona, donde ha quedado con Vlad.

La espera sentado en una mesita justo a la entrada, de cara al exterior. En cuanto la ve, le hace un gesto con la mano, exageradamente estirada hacia arriba, como si los separara una marea humana. Deja el móvil sobre la mesa y se inclina para presentarse.

—Justo te estaba llamando... —le dice.

Sonia consulta la hora. En punto.

—... por si ya estabas por aquí y no me veías.

—He cotilleado tu perfil —admite ella—, te habría reconocido.

Vlad tiene los ojos verdes y luminosos, y una mirada penetrante. No para de hacer preguntas, seguro de su éxito antes siquiera de emprender la batida. Un cazador nato.

En resumen: se le ha ocurrido una idea para una película y quiere que ella escriba el guion; valora mucho su sentido del

humor y parece una persona rigurosa. Ha notado su chispa. O, más bien, la ha leído.

«¿De dónde habrá sacado mi nombre?», se pregunta Sonia, «¿Por qué yo? ¿Por qué no lo escribe él solito? Mal camino lleva si ya de entrada no ha podido permitirse buscar a otra...».

La historia que le interesa se remonta al año 1974 y se centra en Zoia Ceaușescu y su madre, Elena. Ha oído un rumor que no tiene desperdicio.

—Resulta que Zoia trabajaba en el Instituto de Matemáticas —arranca Vlad— con otros cien investigadores en plantilla. La Securitate no la dejaba ni a sol ni a sombra... su madre no soportaba que saliera con chicos. Un buen día, desapareció y no dio señales de vida en todo el fin de semana. Cuando regresó a casa, contó que había estado en el monte con un tío. Total, que la buena de Elena se cabreó y, como castigo, ordenó que cerraran el Instituto.

—¿Y qué pasó con los cien investigadores? —pregunta Sonia horrorizada.

Ella acababa de salir del vientre de su madre cuando estalló la Revolución en 1989.

—¡De patitas en la calle! —proclama él satisfecho por el potencial de la intriga.

A Vlad le brillan los ojos cuando cuenta una historia, y no porque le guste contar historias, sino porque le gusta poseerlas. Historias que oye por ahí, algunas verdaderas. Y no, no le molesta su falta de inventiva, es lo suficientemente entrometido como para sacárselas con pinzas a los demás.

—¿Cómo puede una madre portarse así con su propia hija? —reflexiona Sonia en voz alta.

—¿Crees que puedes escribir sobre ello? —lanza él mientras se acomoda contra el respaldo de la silla.

La mira con distancia, la estudia.

—Tendría que documentarme —advierde ella.

—Claro.

—Me va a llevar mucho tiempo.

—Te pago un adelanto.

Termina aceptando por su insistencia y porque necesita el dinero. Además, investigar la vida de ambas mujeres ha picado su curiosidad. Hasta ahora jamás se había parado a pensar en ellas en serio. Sí, el destino de esos cien investigadores es injusto, pero lo que a ella le interesa realmente es la relación de poder madre-hija.

—¡Faltaría más! Claro que puedes adoptar una perspectiva femenina/feminista —la tranquiliza Vlad. Sonia no tardará mucho en descubrir su afición a separar conceptos mediante barras.

—¿Femenina o feminista?

—Llámalo como quieras.

*

¿Por dónde empezar?

Vlad le ha dejado bien claro que en la película tienen que aparecer Zoia y Elena, la temida Elena. Así que le toca investigar sobre el tema, darle al guion un grado de veracidad que a él le permita afirmar que su película trata de la Elena Ceaușescu real y no de otra.

Sonia se da cuenta de que no sabe gran cosa de la época anterior a su nacimiento, pese a haber vivido hasta ahora con la sensación de lo contrario. Conoce de sobra las imágenes que suelen retransmitir por televisión cada mes de diciembre, justo después de su cumpleaños: el discurso, la huida, la ejecución, la televisión libre... Esa galería de imágenes que

ha moldeado los recuerdos de tanta gente. A veces tiene la impresión de que se trata de sus propios recuerdos, y hasta casi juraría haberlas visto ella misma en directo cuando era pequeña. Sabe hasta en qué sillón estaba sentada entonces, en brazos de su madre. Cada vez que oye aquello de «por aquel entonces», le vienen a la cabeza esas imágenes. Nada más.

Eso significa para ella «por aquel entonces».

¿Pero qué pasó antes de «aquel entonces»?

El ángel de la guarda que guía sus pasos siempre le da un empujoncito. En los momentos cruciales, Sonia escucha a un ángel que la anima desde la cueva donde se refugia para leer y rezar, como todo buen creyente. Le asegura que ella puede, pero lo hace sin despegar los ojos del libro. Se lo recuerda entre página y página o mientras retoma alguna frase que se le haya escapado.

Sonia inventó la figura del ángel cuando se marchó de casa, a los dieciocho.

Trata de no molestarlo más de la cuenta; para ella es un consuelo saber que está ahí.

«Venga, que tú puedes», la alienta.

Sonia no es periodista de investigación, así que tal vez debería empezar por una *Introducción al periodismo de investigación* o algo por el estilo, un manual, un tutorial... Lo que sea. Antes de que se decida, Vlad ya le ha enviado un puñado de enlaces a vídeos que tiene que ver sí o sí, un par de ellos en Vimeo, contraseña incluida.

¿Has leído *¡Salva al gato!*?, le pregunta por mensaje pasada la medianoche.

Al día siguiente, llama a su madre. Le confirma que está bien, sin novedades, y le pregunta a quemarropa:

—¿Tú tienes algún recuerdo de 1974?

—¿Qué recuerdo quieres que tenga?

—Yo qué sé, cualquiera... ¿Cómo eran las cosas entonces?

—¿Por qué?

—Por nada, simple curiosidad.

—¿Tiene que ser justo del 74?

—Bueno, o del 75. ¿Cómo era la vida? Aparte de gris.

—Hmmm —reflexiona su madre—. Recuerdo que me moría por unas aceitunas y, como no se podían encontrar en ningún sitio, se las pedía al tío Tudor cuando venía a Bucarest en viaje de delegación.

—¿Pero la crisis de alimentos no fue en los ochenta?

—Ah... Entonces, ¿no fue en el 75? —pregunta su madre, confusa.

—Yo tenía entendido que en los ochenta.

—Bueno, igual lo de las aceitunas fue más tarde...

—Eres demasiado joven —concluye Sonia.

En el 74, su madre tenía nueve años. ¿Qué recuerdos va a guardar que puedan resultarle útiles?

De sus nueve años, Sonia solo recuerda los diez reglazos que le propinó la maestra delante de toda la clase: cinco en una mano y cinco en la otra. Y todo por equivocarse en una resta con decenas y unidades. Recuerda la vergüenza que sintió y el miedo a que su madre descubriera precisamente eso: la vergüenza.

Y esas cosas sucedían mucho después del 89.

Durante toda su infancia y adolescencia vivió convencida de merecer cada reglazo. Fue una niña resignada; el capullo en el que creció antes de convertirse en mariposa recordaba más bien a un saco de boxeo. No en sentido físico, por suerte, pero en ningún momento se sintió protegida ni vivió con despreocupación. No, la infancia no es un lugar al que le gustaría regresar. No había nadie para defenderla.

Sonia nunca fue la mejor de la clase y de ahí dedujo que, simplemente, nunca sería buena en nada.